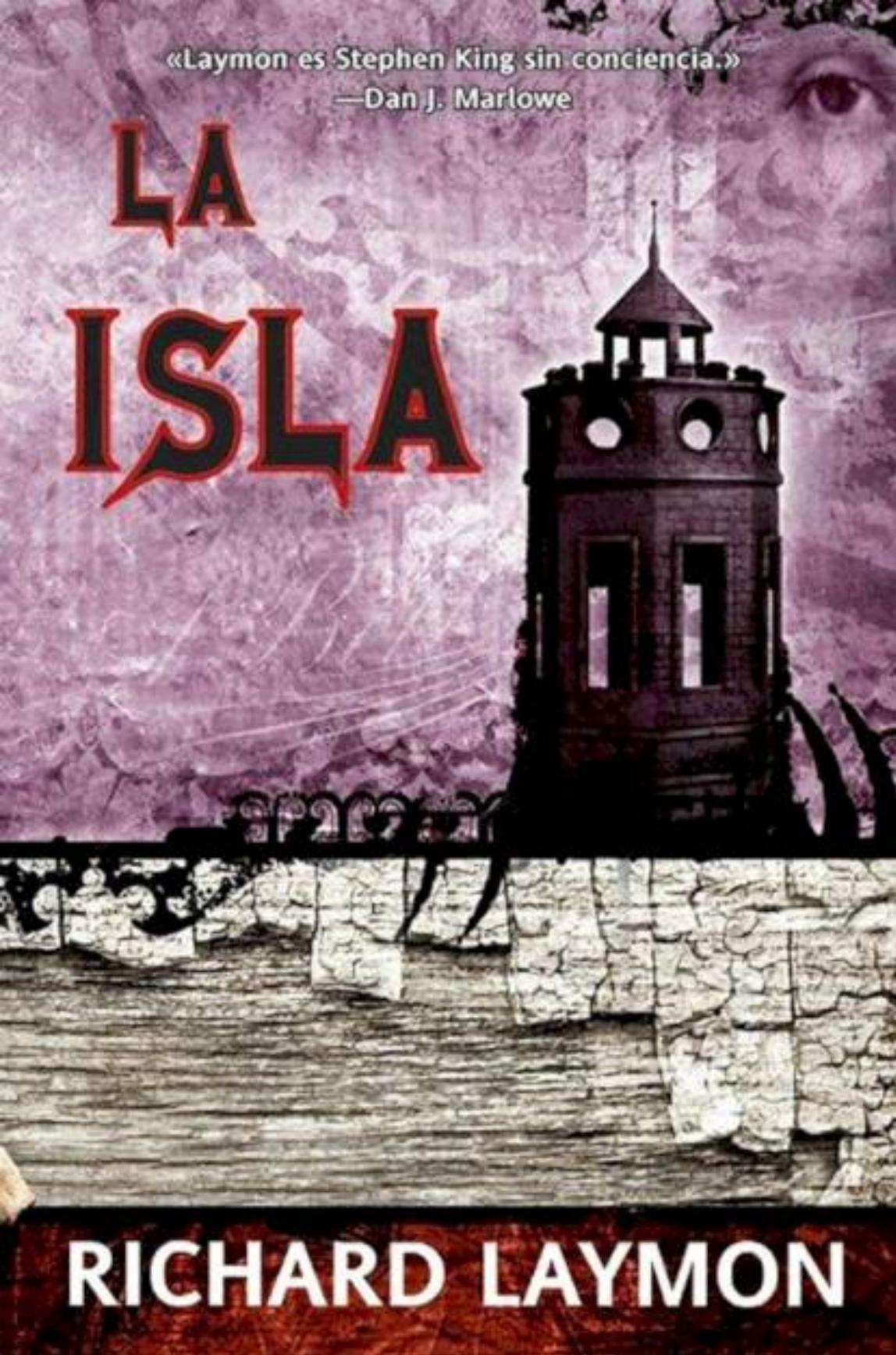


«Laymon es Stephen King sin conciencia.»

—Dan J. Marlowe

LA ISLA



RICHARD LAYMON

La familia de su novia invita al joven Rupert Conway a pasar unas vacaciones con ellos de crucero por las Bahamas. Cuando, estando de pícnic en una isla desierta, su barco explota, Rupert no se preocupa demasiado: hay comida en abundancia, agua potable, y tanto su novia como la madrastra de esta y sus medio hermanas están para chuparse los dedos en bikini. Pero, cuando los demás hombres que conformaban esta pequeña expedición empiezan a aparecer asesinados, Rupert se da cuenta de que tiene un problema: no están solos en la isla y él, un adolescente, es el único que puede proteger a las mujeres del sádico que los acecha.

*Este libro está dedicado a Frank Coghe, una leyenda de su tiempo.
Cuando te hicieron, Cog, rompieron el molde.*

Introducción

El lobo con piel de cordero

por Dean Koontz

El 14 de febrero de 2001, a una edad demasiado temprana, nos dejó Richard Laymon. En la extensa comunidad de los escritores de suspense, terror, misterio y fantasía, la noticia de su muerte fue recibida con consternación y dolor. Su literatura era polémica, a menudo desasosegante y, sin duda, no apta para todos los públicos; sin embargo, la pérdida de Richard Laymon afectó profundamente incluso a aquellos de sus colegas de profesión que no habían leído su obra, ya que se trataba de un hombre invariablemente amable, abierto y afectuoso. Años antes de perder a Dick, le escribí este homenaje para una ocasión especial. Entonces le hizo reír, y al releerlo recientemente, sonreí porque me recordó lo cariñoso que era Dick. De modo que:

En el momento de nacer Richard Laymon, una misteriosa lluvia de un millón de ranas cayó sobre Cleveland, Ohio, y más de setecientos ciudadanos resultaron heridos de gravedad a causa de los grandes anfibios en caída libre. En el Tíbet, a esa misma hora, un santón levitó de repente a tres metros y medio del suelo de su monasterio y, poseído por alguna extraña entidad, empezó a ladrar como un perro y a gritar las palabras «salsa de carne» en setenta y nueve lenguas. Mientras el santón permanecía elevado y desgañitán-

dose, dos arqueólogos que estaban trabajando a las afueras de Jerusalén desenterraron un altar de una secta de adoradores del diablo del siglo III en el que estaba grabada una imagen de Satán, con un misterioso parecido a Yosemite Sam, el personaje de dibujos animados de la Warner Brothers. En el mismo momento en que el médico le daba una palmada en el trasero a Richard Laymon y el primer llanto del autor resonaba en la sala de partos del hospital, un grupo de monjas de Boston caía inexplicablemente presa de una tremebunda histeria y, tomando las calles de dicha ciudad, prendió fuego a todo aquel que encontró a su paso que se llamara Herman. En Londres, el sombrero con plumas favorito de la reina explotó sin razón aparente, sin causar daño alguno en su augusta persona, pero poniéndola de tan mal humor que, olvidando en qué siglo vivía, ordenó que le cortaran la cabeza al sombrero. En zoos de todo el planeta, los elefantes escaparon de sus cercados y aplastaron todo lo gracioso y peludo que encontraron; durante unos minutos, los osos se dirigieron a sus pasmados observadores en su propia lengua con una gramática perfecta, haciendo gala de una dicción y una proyección que superaban al mejor actor de teatro que haya existido; aunque, según apuntan todas las crónicas, ninguno tenía nada interesante que decir; y los gorilas realizaron saltos de trenzado con una elegancia que hizo derramar lágrimas a un millar de bailarinas. Tal vez el mayor misterio de aquel fatídico día fuera la presencia desconcertante de tantas bailarinas en tantos zoos.

Después el mundo recuperó su rutina habitual. Dejaron de caer ranas del cielo y solo se dejaron ver en los restaurantes franceses, que es su sitio. El santón tibetano volvió a pisar tierra, dejó de berrear acerca de la salsa de carne y se dedicó a perseguir sus metas de todos los días: la oración, la meditación y las apuestas a los ponis. Limpiándose los restos sanguinolentos de los conejitos aplastados de sus enormes patas atronadoras, los elefantes regresaron a paso

lento a sus cercados. Olvidada su pasión por la danza, los gorilas se limitaron a comer plátanos y a rascarse el culo. Se restableció la calma. La paz reinaba en los dominios del Señor.

No obstante, mientras tanto, Richard Laymon iba creciendo tranquilamente.

Con su rostro luminoso, su encantadora forma de ser, su invariable buen humor, pasó por el instituto y la universidad con tanta facilidad como un lobo con una piel de cordero excesivamente convincente entre un rebaño de ovejas puestas de Prozac (en el supuesto, claro está, de que los lobos tuvieran el talento suficiente para confeccionar pieles de cordero y las ovejas pudieran obtener recetas de Prozac). Si ha conocido a Richard Laymon (a quien, por alguna razón que se me escapa, todos sus amigos llaman «Dick»), le habrá parecido uno de los hombres más amables con los que se haya cruzado. Es uno de esos tipos que, de haber sido actor de cine, la mayor parte de las veces interpretaría al mejor amigo del protagonista masculino: en las comedias, sería entrañable y tartamudo; en las películas románticas, sería entrañable y hábil a la hora de reconciliar a los amantes separados tras una pelea sobre alguna clase de malentendido absurdo; en las películas policíacas de acción, sería el entrañable compañero al que mataría el malo de un tiro al final del segundo acto, lanzando al protagonista de mirada dura y rabia contenida a una carrera en busca de justicia y venganza; en una película de terror, se lo comerían vivo. Por lo tanto, se las arregló para aparentar un carácter lo bastante templado para obtener un empleo después de la universidad como profesor de inglés de secundaria en una escuela católica para chicas. Las monjas lo adoraban, y no eran aquellas monjas piradas de Boston que incendiaban a todos los Herman; estas eran monjas majas. Las estudiantes consideraban a Dick un tipo genial, y sus padres pensaban de él que era un joven caballero particularmente sano.

Entretanto, no obstante, Richard Laymon iba escribiendo calladamente.

Más tarde trabajó en la biblioteca de Marymount College, donde probablemente llevaría pajarita, una chaqueta con coderas de piel y luciría una mirada confusa de ratón de biblioteca. Allí, me imagino, mantenía el fichero en un orden impecable, limpiaba el polvo de las estanterías, atendía los préstamos, enviaba a su pesar notas de retraso en las devoluciones, murmuraba acerca de Sócrates y Platón con sus jefes, y les recordaba con amabilidad a los estudiantes bulliciosos que hablaran en susurros en todo momento. Si fuera un lobo, se habría confeccionado un disfraz de cordero tan absolutamente convincente que cualquier pastor habría intentado esquilarlo.

Se casó con Ann en 1977, una dama de lo más dulce y gentil que se pueda imaginar. En 1979, Ann dio a luz a Kelly, una niñita rubia que parecía salir del molde del querubín más mono que se pueda ver en ciertas pinturas del Vaticano. Nadie podía mirar a esta joven familia sin sonreír con aprobación pensando que la vida es bella.

Sin embargo, en 1980 Richard Laymon publicó su primera novela, *El sótano*. Sin duda alguna, todas las monjas que lo habían conocido se pusieron a rezar por su alma, y cada uno de sus jefes de la biblioteca que habían estado a solas con él entre las estanterías de Marymount sintieron un escalofrío recorriéndoles el espinazo, y todas las niñas de la escuela católica a las que había dado clases de inglés dijeron: «¡Eh, qué guay!». *El sótano* era la novela de misterio más aterradora, trepidante, negra y repugnante que se había publicado en años. En aquel debut, consolidó un estilo frecuentemente imitado, pero nunca igualado: un suspense y un terror salvajes, arriesgados, escandalosos, sin pausas, sin límites, a la cara, de levantarte la tapa de los sesos, que horrorizará a algunos y entusiasmará a otros.

Con el paso de los años, en treinta novelas y numerosos relatos breves, Dick nunca ha comprometido su visión única

con el fin de complacer al mercado; sin embargo, ha encontrado un público de lectores devotos. Curiosamente, en el momento de escribir esto, es más conocido y admirado en Inglaterra que en su país de origen. Creo que esta situación se debe a que muchos editores estadounidenses fomentan la dieta blanda del «terror sosegado» antes que el estofado de carne que Dick cocinaba, y que, junto a las buenas novelas de terror sosegado, atiborraron las librerías de incontables y tímidos ejerciciosseudoliterarios sobre oscurantismo, de la mano de escritores que aún no habían aprendido gramática y sintaxis, libros que alimentaban la mala fama del terror sosegado y de todo el género de terror. Esos tomos ilegibles, combinados con el total anual que viene siendo habitual de 3.568 novelas de vampiros, prácticamente acabaron con el género por estos lares, al mismo tiempo que Dick trataba de labrarse una carrera haciendo algo diferente al trabajo de los demás.

No obstante, ha sobrevivido, y prosperado, gracias a que un número significativo de lectores degusta un buen plato de estofado en su dieta literaria de vez en cuando. Al ser políticamente incorrecto en su literatura y particularmente clarividente y frío en su descripción del mal, escribe historias sin parangón en el trabajo de otros autores, y esto es esencial para un escritor que quiera mantenerse a flote en el mar de monotonía que es el mundo editorial actual. Sin embargo, ahora que ha escrito tantos libros, se ha delatado, y ya nunca más podrá enfundarse el disfraz de cordeiro.

En efecto, cuando Gerda y yo vamos a cenar a casa de los Laymon, a veces nos preguntamos si Ann es en realidad la mujer amable que aparenta, o si está implicada en una farsa tan astuta como la de su marido. Cuando está cocinando, me cuelo en la cocina sin avisar, solo para asegurarme de que lo único que añade a los platos son hierbas y especias, y nada letal. Cuando empuña el cuchillo de trinchar, me deslizo hacia el borde de la silla, listo para levantar

tarme de la mesa de un brinco y saltar por la ventana más cercana del comedor, en caso de que tome una dirección distinta al pavo o al asado. En algunas ocasiones mi crispación ha superado los límites, malinterpretando sus intenciones, y me he abalanzado contra el cristal, solo para mirar atrás a la casa desde el jardín y verla junto al asado, estupefacta y perpleja. Demasiado avergonzado para admitir mis sospechas, siempre alego que he sido catapultado al exterior de la estancia por efecto de un espasmo muscular catastrófico, y me parece que ella se traga ese cuento, porque no deja de darme nombres de especialistas médicos que podrían ayudarme (aunque, últimamente, resultan ser todos psiquiatras).

También tengo el ojo puesto en Kelly. Cuando era pequeña, era tan mona que se la podría haber pendido de una de las ramas de un árbol de Navidad, y habría dejado a todo el mundo tan deslumbrado que no se habrían fijado en el resto de la decoración; sin embargo, siempre ha hecho gala de una agudeza inesperada, que supera en sofisticación y austeridad el sentido del humor normal en un niño. Una noche, cuando estábamos seis adultos sentados alrededor de la mesa de los Laymon, pasándonoslo en grande, Gerda se dio cuenta de que Kelly estaba de pie en la entrada, en pijama, comentando nuestra conversación; Gerda me dio un codazo y, cuando desconecté de los adultos y me concentré en Kelly, comprobé que era más divertida que cualquiera de nosotros, y eso que nosotros nos considerábamos bastante graciosos. Poco tiempo después de aquello, en el transcurso de una visita a un parque de atracciones con los Laymon, fuimos engullidos por una gran masa de gente, y la pequeña Kelly, que entonces no era mayor que un duende, me cogió de la mano, apretando con fuerza, y me conmovió su genuina vulnerabilidad, y me conmovió aún más el hecho de que confiara en mí para estar a salvo; sin embargo, esa misma niña evitaba la habitual casita de muñecas y, en cambio, jugaba con un castillo encantado

en miniatura repleto de figuras monstruosas y víctimas decapitadas. Esto es un hecho, no una exageración cómica. Pues bien, muchos años después, Kelly es una jovencita, más sosegada que la enérgica pillina de antaño, incluso recatada. No obstante, es hija de su padre, con esos mismo genes extraños, y si alguna noche a la hora de cenar dijera «Déjame trinchar el pavo, mamá», estoy seguro de que sufriría otro catastrófico espasmo muscular y acabaría en el jardín entre los cristales rotos de la ventana.

Si *La isla* es la clase de literatura que le gusta, me alegro de que haya descubierto el trabajo de Richard Laymon. Y nada me complacería más que el hecho de que todos ustedes hubieran tenido el placer añadido de haber conocido a Dick Laymon tan bien como yo. A decir verdad, su cualidad más inaudita era que tolerara tenerme como amigo.

El diario de Rupert Conway, náufrago

Hoy ha explotado el yate.

Por suerte, todos habíamos desembarcado para hacer un picnic en esta isla, de manera que no hemos volado en pedazos. Todos menos el príncipe Wesley, claro.

En realidad el príncipe Wesley no era un príncipe. En realidad era un gilipollas. Lo siento mucho, se supone que no hay que hablar mal de los muertos. Pero era un realísimo grano en el culo, y no me sorprendería en absoluto que la explosión haya sido culpa suya. Seguramente eligió el momento y el lugar menos apropiado para encenderse un cigarrillo.

¡Bum!

Ahora es comida para peces.

Me sabe mal que esté muerto, pero era un capullo ridículo y arrogante. Era mayor; tendría al menos treinta años, supongo, e iba todo el rato con una de esas estúpidas gorras blancas de marino. Y siempre estaba pavoneándose por la cubierta con su boquilla de marfil, llevándose a los labios un Marlboro ante la mirada de quien fuera. Oh, sí, y además llevaba gafas de aviador. Y, con más frecuencia de la necesaria, una corbata pañuelo.

En fin, ese era el príncipe Wesley. Está muerto, así que no voy a perder más tiempo despreciándolo. Su verdadero nombre, para que conste en acta, era Wesley Duncan Beaverton III. Ha muerto hoy, 1 de abril de 1994, que no solo es el día de los Inocentes, sino que además es Viernes Santo. Menudo día para irse.

Deja mujer, Thelma. Que debería considerarse afortunada por haberse librado de él, pero que en cambio parece

estar terriblemente compungida.

Wesley y Thelma no tenían hijos, pero solo llevaban un año de casados.

Yo creo que se casó con ella por su dinero.

Desde luego no se casó con Thelma por sus encantos. Su hermana se los quedó todos. La hermana, Kimberly, tiene unos veinticinco años y está buenísima. ¡Y pensar que estoy atrapado en una isla tropical con una piba como Kimberly...! ¡Bah!

No es que tenga muchas probabilidades de sacar rédito de la situación. Aparte del hecho de que me lleva unos cuantos años y que estoy aquí como invitado de su hermanastra (Connie), está casada. Su marido, Keith, es uno de esos tíos increíblemente guapos, brillantes, sinceros y capaces que hace que los capullos corrientes (como yo) parezcamos estar anclados en algún punto inferior de la cadena evolutiva. Lo odiaría, pero es demasiado majete para eso.

El otro hombre que tenemos entre nosotros en la isla es el padre de las tres chicas, Andrew (nunca Andy) Collins. Su primera mujer, la madre de Thelma y Kimberly, mordió el polvo en un accidente esquiando en la nieve, en el lago Tahoe. Posteriormente, Andrew se casó con Billie, y tuvieron a Connie.

Esta excursioncita en yate por la Bahamas era un regalo de las hijas para celebrar el vigésimo aniversario de bodas de Andrew y Billie. (Wesley llegó a Nassau con una semana de antelación para prepararlo todo: evaluar la situación, confirmar las reservas de hotel, alquilar el barco, y todo eso.) Andrew debe de rondar los cincuenta y cinco años. Se jubiló de la Marina, y es rico porque invirtió en no sé qué proyecto petrolífero que se saldó con unos beneficios enormes, y es un tipo bastante decente. Si te vas a quedar atrapado en una isla desierta, probablemente sea bueno tenerlo cerca. Un tío legal, listo, y duro. No me trata mal, por así decir, aunque estoy seguro de que sospecha que he estado «metiéndosela» a Connie.

La madre de Connie, Billie, solo tiene un par de años más que Thelma. Dicho de otro modo, es lo bastante joven para que cualquiera la tome por una de las hijas de Andrew, y no su mujer. Es mucho más guapa que Thelma, aunque no está tan cañón como Kimberly.

Ella y Connie parecen más hermanas que madre e hija. Las dos tienen la piel muy bronceada y el pelo dorado, y llevan el mismo peinado, con el pelo muy corto. Connie es un poquito más alta. Su madre es mucho más voluminosa de pecho y caderas, y, por supuesto, tiene el rostro de una persona más mayor. A decir verdad, en muchos aspectos Billie es considerablemente más atractiva que Connie.

(Será mejor que me asegure de que ninguno de estos tenga ocasión de leer lo que escribo aquí. Acabo de empezar a escribir este diario y ya he incluido algunas cosas que podrían traerme problemas.)

Mi plan, por cierto, es llevar una detallada crónica de los hechos, y usarla como base para una especie de libro sobre una «aventura real». Que no resultará si nos rescatan demasiado pronto. Espero que tengamos que quedarnos aquí una temporada lo suficientemente larga como para que sucedan unos cuantos acontecimientos dramáticos. Para que quede constancia, la razón por la que me traje conmigo el cuaderno cuando vinimos a esta isla es que había estado trabajando en unos cuentos. Mi intención es ganar el concurso literario de Belmore... ¡Menudo optimista estoy hecho! Puede que ninguno de nosotros salga jamás de esta isla, en cuyo caso ya me puedo ir olvidando del concurso. Y de unas cuantas cosas más.

No importa.

Como no me ande con cuidado, me voy a deprimir.

En fin, volvamos a las presentaciones.

Connie, hija de Billie y de Andrew, es mi «novia». Los dos somos novatos de la Universidad de Belmore. Así es como la conocí. Nos vimos obligados a estar juntos por virtud del alfabeto, al ser ella Collins, y yo Conway. En la uni-

versidad no se puede pasar mucho tiempo sin conocer a tu inmediato predecesor en el abecedario. No tardamos en empezar a hablar. Al cabo de un tiempo, empezamos a salir. Antes de darme cuenta, me estaba invitando a pasar las vacaciones de primavera con su familia en un yate en las Bahamas.

No se rechaza una oferta como esa.

Por lo menos, yo no.

Decidí posponer lo inevitable (cortar con ella) hasta después de la excursión.

Ahora, puede que no haya un «después». Joder, atrapado con ella para siempre. No, no, no. No va a pasar. Seguramente nos rescatarán enseguida. De ninguna manera se puede convertir esto en una especie de historia a lo Robinson Crusoe. Como mucho, podemos estar aquí unos días. Lo más probable es que no vengán a recogernos esta noche; eso si alguien ha visto u oído explotar nuestro barco.

Ha sido una explosión brutal.

Estuvo cayendo mierda del cielo durante un buen rato, zambulléndose en el agua. Trozos del barco y, sin lugar a dudas, de Wesley. (Pensaba que vería caer un pie, o una cabeza, o un rollo rizado de tripas, pero no.) Muchos de los fragmentos estaban en llamas. Se apagaban con un siseo al hundirse en el agua. Por suerte, no cayó nada en la playa.

Luego no quedó mucho más que un montón de chatarra flotando en el agua, y los restos de humo disipándose.

En el momento de estallar, no vimos ningún avión, ni barcos. Claro que los buscamos. Al menos algunos. Thelma no, por supuesto. Ahí fue cuando Thelma se llevó las manos a las sienes y se puso a chillar «¡No! ¡No! ¡Oh, Dios mío, no! ¡Wesley! ¡Mi pobre Wesley! ¡No!». Y cosas así.

Pasados unos segundos, Kimberly la rodeó con sus brazos. Se quedaron allí abrazadas, mientras Kimberly le daba palmaditas en la espalda a su hermana y le susurraba. Kimberly estaba húmeda. Después de la comida en la playa, se había metido en el agua para nadar un rato, y acababa de